



M. Ignacio Purroy

Balance 1990 Perspectivas 1991

No es fácil evaluar los resultados económicos de 1990. Las cifras emiten señales interpretativas contradictorias. No concuerdan, sobre todo, los éxitos pregonados por el gobierno con la percepción por parte del hombre de la calle de su situación individual. Pareciera delinearse cada día más nítidamente la existencia de dos países y dos economías.

Intentaremos presentar un cuadro inteligible de la evolución de la economía venezolana durante 1990. Quisiéramos también adelantar impresiones sobre lo que pudiera depararnos 1991. A lo largo de las reflexiones estará inevitablemente presente la pregunta sobre si el programa económico empieza a cosechar sus frutos. Hay motivos para estar preocupados, sobre todo por el cáncer de la inflación. Las dudas sobre la estrategia económica son cada vez menos hipotéticas y más empíricas. Quisiéramos ayudar al lector a entender lo que está pasando para que se pueda formar su propio juicio.

I. LAS CIFRAS DE 1990

SORPRENDENTE CRECIMIENTO ECONOMICO

La economía ha crecido en 1990 en 4,4 por ciento (ver Cuadro I). No se puede negar el efecto del repunte petrolero (8,5 por ciento), pero tampoco debe menospreciarse el crecimiento de las "actividades no petroleras" en un 3,8 por ciento. Esta es una excelente tasa, no sólo comparada con el descenso del año pasado, sino también en relación a las mismas proyecciones oficiales a principios de año, que preveían un crecimiento de un uno o dos por ciento como máximo.

Nuevamente, los comportamientos sectoriales presentan considerables diferencias. Las actividades productivas de bienes exportables-importables ("transables") crecieron más que las actividades internas (5,8% frente a 3,2%). Continúa profundizándose la apertura al mercado externo y la pérdida de dinamismo del mercado interno. Destaca el buen desempeño de la industria manufacturera (crecimiento de 5 por ciento), sobre todo impulsada por el boom de las exportaciones en los primeros meses del año. Llama la atención el auge de la construcción, habida cuenta de que ni el Plan de Inversiones Extraordinarias ni la construcción priva-

da de viviendas se hicieron sentir en 1990. El gobierno explica este repunte por el efecto de las obras civiles relacionadas con las inversiones petroleras y petroquímicas.

Una cifra muy llamativa ha sido también la del crecimiento del sector financiero (23,2 por ciento), que confirma la desviación especulativo-financiera de la

actividad económica. Lamentablemente, este crecimiento del sector financiero no ha guardado relación con su misión esencial de intermediación en el financiamiento de las actividades productivas. Mientras que los depósitos totales del sistema bancario se incrementaron en 42,4 por ciento, los préstamos apenas crecieron en 7,7 por ciento. Los recursos no prestados se han desviado hacia actividades especulativas en el mercado de capitales. El índice bursátil de la Bolsa de Valores de Caracas se había incrementado a fines de Noviembre en un 476%, batiendo el récord de todas las bolsas a nivel mundial.

La reactivación, sin embargo, no se ha extendido a la agricultura, que ha decrecido en otro 1,3%. Tampoco se ha aliviado el desempleo, que más bien ha aumentado de 9,6% a 10%. Todavía hay mucha capacidad ociosa para poder crecer sin ampliar el empleo. En cambio, el empleo "informal" por cuenta propia ha aumentado en más de 218 mil personas. De todas formas, las cifras de empleo son las menos confiables de todas las estadísticas oficiales, ya que es difícil saber cuántos de esos 2 millones 692 mil empleos informales (el 41,3% del total) son realmente empleos.

LLUVIA DE DIVISAS

El mayor éxito del 90 ha sido, sin duda, el mejoramiento de las cuentas externas del país. Las reservas internacionales han aumentado en 4.089 millones de dólares

CUADRO I
Tasas de Crecimiento del Producto Interno Bruto (89-90)

	1989	1990
TOTAL GENERAL	-8,3	4,4
ACTIVIDAD PETROLERA	1,2	8,5
ACTIVIDAD NO PETROLERA	-9,4	3,8
- Agricultura	-5,1	-1,3
- Industria	-14,5	5,0
- Construcción	-27,1	7,6
- Electricidad Agua	1,5	2,6
- Comercio y Transporte	-17,9	3,3
- Restaurantes, Hoteles	-7,3	0,1
- Inst. Financieras, Seguros	-11,2	23,2
- Gobierno General	4,6	5,1
BIENES TRANSABLES		5,8
BIENES NO TRANSABLES		3,2

Fuente: BCV, Informe de Fin de Año

CUADRO II

Principales indicadores macroeconómicos

	1989	1990
Crecimiento Real (%)	-8,3	4,4
Inflación (%)	81,0	36,5
Desempleo (%)	9,6	10,0
Déficit Sector Públ. (% PIB)	-1,1	0,8
Déficit Gob. Central (% PIB)	-1,0	-2,1
Saldo Balanza Pagos (Mill. \$)	-1.055	3.757
Reservas Internac. (Mill. \$)	7.411	11.500
Exportaciones Petrol. (Mill. \$)	9.862	13.500
Exportaciones No Petrol. (")	3.130	4.087
Importaciones (Mill. \$)	7.134	6.765

Fuente: BCV, Informe de Fin de Año

para situarse en 11.500 millones de dólares al cierre. En 1989, que también fue un buen año en esta materia, el aumento de reservas fue de sólo 740 millones. La mejoría ha sido en todos los frentes de la balanza de pagos (ver Cuadro II). Las exportaciones petroleras aumentaron en más de 3.600 millones, las exportaciones no petroleras en más de 900 millones, al tiempo que las importaciones se redujeron en 350 millones. Incluso la cuenta de capitales ha mejorado en más de 1.800 millones.

Exitosa ha sido también la evolución de la tasa de cambio. El bolívar se ha devaluado nominalmente en apenas 17 por ciento a lo largo del año, lo cual significa una "revaluación" del 15 por ciento en términos reales, si se tiene en cuenta la inflación interna neta respecto al dólar. A ello ha contribuido la abundancia de divisas en el BCV y también una repatriación de capitales no inferior a 1.000 millones de dólares, incentivada por un mayor rendimiento de las colocaciones financieras en bolívares.

CUADRO III

Gestión Fiscal del Sector Público (millones de Bs.)

	1989	1990	Aumento Real (%)
INGRESOS CORRIENTES	438.577	760.951	27
- PDVSA	305.546	593.454	42
- Otros Ingresos	133.031	167.497	-8
GASTOS CORRIENTES	351.524	586.467	22
GASTOS DE CAPITAL (neto de pago de intereses)	103.996	156.442	10
DEFICIT	-16.943	18.042	
% del PIB	-1,1%	0,8%	

Fuente: BCV, Informe de Fin de Año (Aumento real calculado descontando inflación de 36,5%)

GESTION FISCAL E INFLACION

En materia de ingresos y gastos del sector público, las cuentas han cerrado con un superávit de 18.000 millones de bolívares (ver Cuadro III), que representa un 0,8 por ciento del Producto Interno Bruto. Este es un resultado impactante si se compara con el déficit de 1,1 por ciento del PIB en 1989 y de casi 9% en 1988. Se superó, incluso, la meta pactada a comienzos de año con el FMI. Este superávit ha sido posible gracias a unos ingresos adicionales petroleros de más de 130.000 millones de bolívares. Por efecto de la política fiscal fuertemente expansiva, la liquidez monetaria creció en términos reales en más de un 6 por ciento, comparada con una disminución real de 42 % en el año anterior.

Donde no ha habido tanto éxito ha sido en el control de la inflación. El índice de precios al consumidor de Diciembre se ha elevado en un 36,5 por ciento respecto al mismo mes del año anterior. Tomando el promedio de los índices de cada año, el aumento ha sido en realidad de 40,7 por ciento. Los ingresos de los hogares venezolanos, sin embargo, no han aumentado en la misma proporción. Su nivel de vida ha continuado deteriorándose.

Los trabajos que usted escribe en su

Macintosh

se los podemos imprimir en nuestra

IMPRESORA LASER

en la redacción de esta revista

II. EL PRECIO DEL EXITO

CONSIDERACIONES SOBRE EL EQUILIBRIO FISCAL

No ha sido gratuito el crecimiento de 1990. El peaje ha sido el fenómeno de la inflación, que cada año penetra raíces más

profundas. Pero la inflación siempre es reflejo de problemas y desequilibrios menos visibles.

Tal como estaba previsto en el Plan de Ajustes, en 1990 el impulso del crecimiento provino de una fuerte expansión

La coyuntura económica trimestre a trimestre

Muchos se preguntan cuánto de este éxito es atribuible a Saddam Hussein. En honor a la verdad, no se puede afirmar que el relanzamiento económico haya sido producto de la crisis Irak-Kuwait. Ya para el tercer trimestre, antes de notarse los efectos del boom petrolero, se había concretado la reactivación. El único mérito atribuible al conflicto ha sido impedir que tuviéramos que pagar un alto precio por esa reactivación en forma de mayor inflación y fuerte déficit fiscal.

El primer trimestre fue una continuación de la recesión de 1989. Las tasas de interés se mantuvieron altas (ver Gráfico I) y el dólar estable (Gráfico II). La inflación también fue moderada (Gráfico III). La economía real registró un crecimiento de apenas medio por ciento, producto exclusivamente del crecimiento del sector público. Al finalizar el trimestre, el gobierno estaba convencido de que la fase de ajuste había culminado ya exitosamente y que era el momento de reactivar la economía. De forma simultánea comenzaron a expandirse fuertemente el gasto fiscal y la liquidez monetaria. El Banco Central propició un brusco descenso de las tasas de interés de casi diez por ciento entre Abril y Mayo.

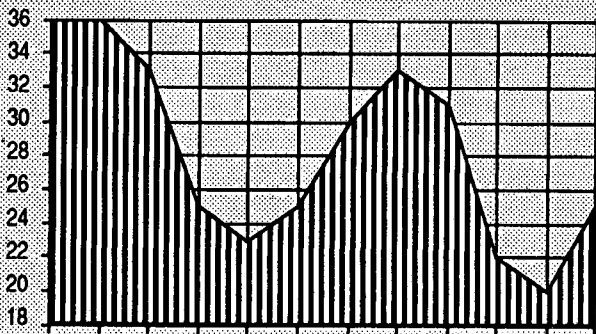
Producto de las medidas expansivas, en el segundo semestre comenzó a notarse un repunte de la actividad económica, que se incrementó en cerca de 3 por ciento. Pero simultáneamente la inflación volvió a dispararse hasta alcanzar un 3,9 por ciento en el mes de Julio, y la tasa de cambio saltó de 44 Bs./\$ a fines de Marzo hasta 49,50 Bs./\$ a fines de Julio, demostrando cuán inestables eran todavía los equilibrios logrados durante el ajuste. En el frente fiscal, la recaudación interna de impuestos resultó inferior a la presupuestada, al tiempo que los precios petroleros continuaban deteriorándose hasta bajar a 14,51 dólares por barril en Junio, bastante por debajo del promedio presupuestado de 16,50 dólares para 1990. Ambos elementos trajeron como consecuencia que a mediados del año se vislumbrara un déficit fiscal del orden de 2,5 por ciento del Producto Interno Bruto, sensiblemente superior al 1,7 por ciento acordado con el FMI.

Al comienzo del tercer trimestre, el BCV tuvo que dar marcha atrás en su política monetaria expansiva y forzó de nuevo el alza de las tasas de interés, lo cual tuvo un impacto inmediato en la estabilización de la tasa de cambio y en la reducción de la inflación (véanse los Gráficos). Nótese que el quiebre de la tendencia se produce antes de Agosto, fecha de la invasión de Irak a Kuwait. Pero no hay duda de que la crisis del Golfo sirvió para reforzar la recuperación de la tasa de cambio. El barril de petróleo venezolano pasó de 15,07 dólares en Julio a 24,05 en Agosto y 28,09 en Septiembre. Coincidió también con la crisis Irak-Kuwait el anuncio del acuerdo de reestructuración de la deuda externa. La perspectiva de una reducción del servicio de la deuda en más de 1.500 millones de dólares anuales a partir de 1991 infundió confianza adicional en el futuro de la balanza de pagos.

A diferencia de la política monetaria, la gestión fiscal continuó siendo expansiva, porque el gobierno no quería enfriar el repunte iniciado en el segundo trimestre. La perspectiva de ingresos petroleros adicionales a partir de Agosto sólo sirvió para ahorrarle al gobierno el tremendo dolor de cabeza que hubiera significado un déficit de más de 100.000 millones de bolívares al cierre del año. Definitivamente, el gasto público jugó el papel decisivo en el crecimiento económico durante 1990.

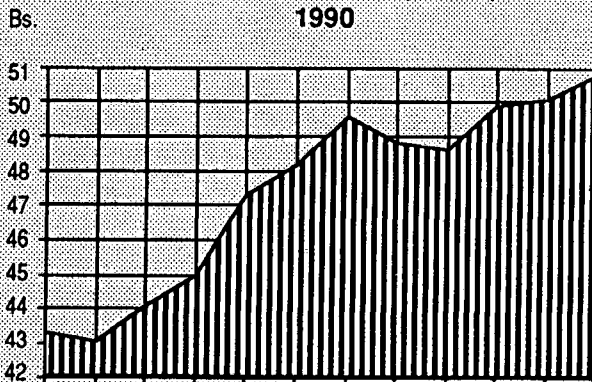
Tranquilizado por la baja de la inflación y de la tasa de cambio, en Septiembre el BCV volvió a reducir las tasas de interés, que se mantuvieron moderadamente bajas durante el cuarto trimestre. La favorable coyuntura petrolera permitió esta vez neutralizar el usual impacto alcista de esta medida sobre la tasa de cambio. Pero no sucedió lo mismo con la inflación, que volvió a dispararse peligrosamente. El efecto combinado expansivo de la política monetaria y fiscal continuó sustentando durante el cuarto trimestre el repunte de la actividad económica, pero anticipando lo que pareciera ser la tónica futura: crecimiento acompañado de inflación.

GRAFICO I
TASAS DE INTERES (DEPOSITOS)
1990



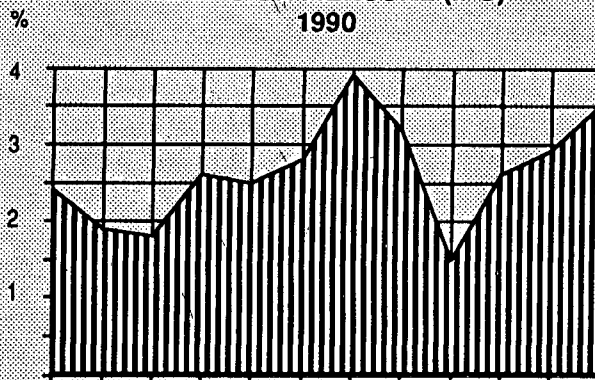
ENE FEB MAR ABR. MAY JUN JUL AGO SEP OCT NOV DIC

GRAFICO II
TASA DE CAMBIO (Bs. / \$)
1990



ENE FEB MAR ABR. MAY JUN JUL AGO SEP OCT NOV DIC

GRAFICO III
INFLACION MENSUAL (IPC)
1990



ENE FEB MAR ABR. MAY JUN JUL AGO SEP OCT NOV DIC

real del gasto público consolidado. La expansión, sin embargo, ha ido mucho más allá de lo programado. Comparando las cifras del 89 y del 90 en el Cuadro III, vemos que los gastos corrientes (incluyendo intereses) aumentaron un 22% en términos reales, después de haber disminuido diez por ciento en 1989. El incremento neto del gasto público es todavía mayor, si tenemos en cuenta la disminución real de un 8% en la recaudación fiscal interna. A pesar de esta explosión del gasto, no ha habido déficit fiscal en 1990, ya que los ingresos corrientes aumentaron en 27% en términos reales, producto de un impresionante incremento de los ingresos de PDVSA.

En 1989, la superación del desequilibrio fiscal se logró por el perverso mecanismo de la devaluación. No se avanzó nada en materia de reforma fiscal para racionalizar el gasto y fortalecer la recaudación interna. En 1990 tampoco se ha avanzado nada en este sentido, más bien pudiera hablarse de franco retroceso. El equilibrio se ha logrado por la fortuna de la coyuntura petrolera.

EL GASTO PUBLICO COMO CAUSA ESTRUCTURAL DE LA INFLACIÓN

A los técnicos del gobierno y del FMI sólo les preocupa el equilibrio contable entre el gasto y el ingreso. En su visión ortodoxa, lo que importa es eliminar el déficit fiscal, ya que éste es el responsable de la inflación y de la mayor parte de los desequilibrios económicos. Por eso están contentos con el resultado de 1990. Lo que no se explican muy bien es por qué ha habido inflación, ya que tienden a olvidar que, en el caso de Venezuela, tan importante o más que el nivel del gasto público o su equilibrio contable, es el equilibrio estructural de las cuentas fiscales. Este último se refiere a la necesaria concordancia entre el origen interno o externo de los ingresos con el destino interno o externo de los gastos.

Este es un tema complejo, pero intentemos simplificarlo para hacerlo comprensible. Cuando a una economía le ingresan cuantiosas divisas producto de una renta externa, el gobierno y los particulares reciben una capacidad de compra superior a la oferta interna de bienes y servicios. Si se pretendiese gastar toda esa renta de forma inmediata en el mercado

interno, el aumento de la demanda se transformaría en pura y simple inflación: la misma cantidad de bienes a mayores precios. Si esa renta externa, por el contrario, se destinase a comprar productos importados, no tendría impacto inflacionario interno, pero las divisas saldrían tal como entraron. Una vía intermedia consistiría en darle tiempo al aparato productivo interno para ampliar su oferta de bienes. La parte de la renta que no pudiera ser absorbida internamente, se canalizaría hacia la importación.

De hecho, esta vía intermedia es la que transitó bastante armoniosamente Venezuela hasta 1982. Prueba de la armonía fueron los relativamente bajos niveles de inflación.

La inflación se descontroló únicamente en aquellos años donde no hubo mesura en la inyección de la renta externa hacia la economía interna. Desde 1983 hasta 1989, sin embargo, el debilitamiento del mercado petrolero disminuyó la renta y su consiguiente efecto inflacionario por la vía de la demanda. Los impactos inflacionarios durante esos años provinieron predominantemente por la vía de las devaluaciones y los déficits fiscales. Pero en 1990 la situación cambia de nuevo. No hay prácticamente aumento de costos por devaluación, ni tampoco déficit fiscal. Y sin embargo, la inflación se mantiene alta, contradiciendo la teoría de la ortodoxia.

Lo ocurrido en 1990 pone de nuevo sobre el tapete el problema estructural de la inflación venezolana. El gasto público interno se financia en medida cada vez mayor por rentas externas. La economía interna no puede absorber incrementos fuertes de gasto público, ya que la oferta de bienes y servicios necesita un cierto tiempo para responder, aunque existan capacidades ociosas. Por tratarse en 1990 predominantemente de gasto corriente en bienes y servicios no comercializables con el exterior, no ha existido tampoco la válvula de escape de las importaciones. Por eso es que las importaciones de 1990 han sido incluso menores que las de 1989. Al final, la presión de la demanda ha tenido que aliviarse por la válvula de la inflación.

Mientras no haya una cierta armonía entre la estructura de origen de los ingresos fiscales y la estructura de destino del gasto público, continuarán reproduciéndose estos desequilibrios temporales entre oferta y demanda. Esta es una de las

causas estructurales de la inflación en Venezuela, que sólo una reforma fiscal profunda podrá eliminar.

Un segundo aspecto estructural del fenómeno inflacionario radica en la progresiva pérdida de eficacia del gasto público. Un estudio de la Comisión para la Reforma Fiscal revelaba que mientras en 1964 un bolívar de gasto público generaba cuatro bolívares de Producto Interno, en 1984 esa relación se había reducido a la cuarta parte (uno por uno). No hemos calculado datos recientes, pero suponemos que hoy la relación es muy inferior. Un indicio de ello es el hecho de que en 1990 un aumento del gasto corriente interno de 22% se ha correspondido con apenas un 4,4% de incremento de la actividad económica. Cada vez son necesarios más bolívares de gasto para un mismo aumento del producto. Eso se llama inflación. La ineficacia del gasto se manifiesta en un acelerado incremento del costo de los servicios públicos. De hecho, la "sinceración" de las tarifas de bienes y servicios públicos representa un alto componente de la inflación de los últimos dos años.

CONSIDERACIONES SOBRE LA BALANZA DE PAGOS

En relación al comportamiento favorable de las cuentas externas durante 1990 son necesarias también algunas acotaciones. Tampoco aquí se observan mejorías de carácter estructural, ya que los logros no serán recurrentes. El incremento de los ingresos por exportaciones petroleras en el orden de los 3.600 millones de dólares es tan volátil como el mismo mercado petrolero mundial.

El incremento de las exportaciones no petroleras debe ser analizado con más detenimiento. Estas experimentaron un vigoroso crecimiento durante el primer semestre, incrementándose en un 78 por ciento respecto al primer semestre del año anterior. Dos fueron los factores decisivos: en primer lugar la existencia de un alto incentivo fiscal (bonos de exportación) hasta el mes de Marzo y en segundo lugar una tasa de cambio muy atractiva. Ambos factores desaparecen en el segundo semestre por efecto de la reducción de los incentivos y la progresiva revaluación del bolívar a partir del Julio. Como consecuencia de ello las exportaciones no petroleras disminuyen en un 22 por ciento en el segundo semestre respecto al mismo

III. PERSPECTIVAS PARA 1991

período del año anterior. Han quedado exportando unas muy pocas empresas con ventajas competitivas. Para 1991 las perspectivas son de estancamiento. Sólo después de que dentro de dos o tres años los primeros mega-proyectos petroquímicos, aluminicos y turísticos entren en operación, comenzará a notarse un repunte sólido de las exportaciones no petroleras.

Las importaciones disminuyeron en cerca de 370 millones de dólares, pero ello tiene su explicación en el tipo de reactivación económica acaecida durante 1990. Los motores del repunte han sido sectores con poca dependencia de insumos importados (construcción, banca y seguros, gobierno general e industrias básicas). El tipo de crecimiento previsto a partir del presente año, sin embargo, contiene un fuerte componente de consumo privado e inversión bruta fija, que tradicionalmente han tenido una alta correlación con las importaciones. Proyecciones económicas para 1991 contemplan incrementos de las importaciones entre un monto mínimo de 3.000 millones de dólares y un monto probable de 5.000 millones.

OTRAS TOPICOS DE 1990

Sin menoscabo de los muy importantes problemas mencionados, también deben mencionarse otros aspectos críticos adicionales:

1) Las actividades orientadas al mercado interno han continuado deprimidas por efecto de la continuación del deterioro del consumo final de los hogares. Esta languidez del mercado interno, aunada a la continuación del programa de desmontaje de protección arancelaria, ha puesto en marcha un proceso de desindustrialización en ciertos sectores.

2) El deterioro del ingreso real de los asalariados, el aumento del desempleo formal y la proliferación del empleo informal han ocasionado un empeoramiento de la situación social y una ampliación de la pobreza. El crecimiento económico no está siendo acompañado por una mayor equidad social.

3) En materia de reformas estructurales en las áreas fiscal, financiera, político-jurídica, privatización y administración pública no ha habido avances. La bonanza fiscal pareciera más bien haber inducido a retrocesos. Únicamente la reforma comercial-arancelaria, iniciada en 1989, ha continuado su curso.

Tenemos por delante un año de bonanza (no para todos, por supuesto). Será el tercer año del programa económico y algunas de sus bases comenzarán a tambalear.

PROYECCIONES DE CRECIMIENTO

Son francamente optimistas todas las proyecciones para el presente año. El crecimiento de la economía no será inferior al 5 por ciento, con posibilidad de alcanzar hasta un 8 por ciento. El gasto público continuará siendo el principal dinamizador del crecimiento, pero compartirá su rol con la inversión privada extranjera en los mega-proyectos petroquímicos, aluminicos y turísticos, algunos de los cuales comenzarán a construirse en la segunda mitad del año. PDVSA continuará ampliando su ambicioso programa de inversiones, que de 66.000 millones de bolívares en 1989, subió a 120.000 millones en 1990 y se proyecta en 250.000 millones para este año. A esto debe añadirse el arrastre de la casi totalidad de los gastos del Programa Extraordinario de Inversiones, que no se pudieron ejecutar en 1990. Técnicos del gobierno han alertado sobre los peligros de esta acumulación de inversiones en 1991.

Adicional al incremento de la inversión, es previsible un importante repunte del consumo privado. Pudiera llegar a producirse una mejoría del ingreso real en algunos sectores laborales, ya que se presentarán escaseces a nivel de fuerza de trabajo calificada. La administración pública ha mejorado los salarios entre un 40 y un 50 por ciento. Por otra parte es muy considerable el monto destinado a programas de índole social (el 43 % del Presupuesto), que terminará convirtiéndose en mayor capacidad de consumo de la población pobre.

Todos estos elementos configuran un escenario de presión de demanda. Esta presión será aliviada por una mayor utilización de la capacidad productiva ociosa y por un aumento de las importaciones, pero no cabe duda de que se presentarán cuellos de botella en el suministro de bienes y servicios no importables.

LA INCOGNITA DE LA INFLACION

La gran incógnita de 1991 es la inflación. El gobierno es optimista, aun cuando ha venido revisando su estimado inicial de un 15% y acepta ya como posible un nivel de inflación de un 20 a un 25 por ciento. Los técnicos del sector privado no comparten ese optimismo y sitúan la inflación entre un 30 y un 40 por ciento. Hay, incluso, predicciones más pesimistas de hasta un 50%.

En el presente año, como en 1990, continuará presente el efecto inflacionario del gasto público. Adicionalmente surgirá la presión de demanda de consumo final de los hogares. Otro factor inflacionario provendrá del intento de industriales y comerciantes por mejorar sus márgenes de beneficio. En los dos años pasados, por efecto de la recesión, esos márgenes se vieron comprimidos por debajo del nivel al que tradicionalmente estaban acostumbrados.

Este será el quinto año consecutivo de alta inflación (1987: 40,3%; 1988: 35,5%; 1989: 81%; 1990: 36,5%). Dado que en la lógica de funcionamiento de los procesos inflacionarios la anticipación de la inflación por parte de los agentes económicos juega un papel crucial, resulta extremadamente difícil quebrar esas expectativas, a no ser que se emprendan acciones drásticas. Todo indica que el objetivo central del programa económico de lograr "crecimiento sostenido sin inflación" se aleja cada día más. Tendremos crecimiento, pero con alta inflación. Lamentablemente, ese tipo de crecimiento no es sostenible a largo plazo. La necesidad de reajustar los desequilibrios generados por el fenómeno inflacionario obliga a desembocar tarde o temprano en una nueva recesión.

LA DESMESURA DEL PRESUPUESTO

La magnitud de la inflación dependerá en definitiva del comportamiento fiscal. A lo largo de la confección del Presupuesto 91, el gobierno no ha dado señales de "moderación", lo cual hace prever la continuación de una gestión fiscal fuertemente expansiva. La primera versión del Presupuesto en Julio alcanzaba la respetable

suma de 650 mil millones, que luego ha terminado superando los 750 mil millones. Si comparamos las Leyes de Presupuesto de 1990 y de 1991, el incremento nominal es de 65 por ciento, lo cual representa un incremento real cercano al 30 por ciento. Debe también tenerse en cuenta que el aumento del gasto público "interno" será todavía mayor, ya que por efecto de la reducción del servicio de la deuda pública externa será mayor la proporción destinada a la economía interna.

La falta de moderación se ha manifestado sobre todo en la revisión al alza de las variables petroleras y cambiarias para el cálculo de los ingresos:

	Julio 90	Dic.90
Exportación (BD)	1.770.000	1.900.000
Precio Barril	\$ 16,50	\$ 19,00
Tasa Cambio	Bs.48/\$	Bs.55/\$

A la vista de la evolución de la crisis del Golfo, estas estimaciones lucen hoy muy poco moderadas. Es cierto que los dólares represados en el Fondo de Estabilización Macroeconómica y el alto nivel de reservas internacionales permitirán compensar en 1991 un posible derrumbe del mercado petrolero, pero la preocupación se proyecta más allá del presente año, cuando la economía se haya acostumbrado a altos niveles de gasto público difícilmente reversibles.

POLITICA MONETARIA Y TASAS DE INTERES

En 1991 se acentuará la necesidad de contrarrestar por la vía monetaria el impacto inflacionario del gasto público. Bien es sabido que la liquidez monetaria es reflejo directo de ese gasto y que abundante liquidez es el caldo de cultivo de la inflación. El BCV deberá represar la liquidez a través de la venta de bonos cero-cupón, mesa de dinero, etc. La política económica seguirá atrapada en la aplicación de instrumentos y objetivos contradictorios entre sí.

La inflación y la política monetaria restrictiva traerán como consecuencia inevitable altas tasas de interés, que en promedio no descenderán del actual nivel de 35%. Esto no favorecerá ciertamente la actividad económica y las nuevas inversiones, pero pareciera que las empresas y

los consumidores ya se están acostumbrando a vivir con intereses altos. El mismo acostumbramiento se percibe en materia de inflación.

LOS PILARES TAMBALEAN

Más allá de estas consideraciones coyunturales, el creciente liderazgo y predominio del sector público revela una contradicción de fondo con la filosofía neoliberal del programa económico. Supuestamente la inversión privada y las fuerzas del mercado deberían ser el eje del nuevo dinamismo de crecimiento, quedando para el Estado el rol de garante de funcionamiento del mercado. Lo acontecido en 1990 y lo previsto para 1991 no indica que se vaya en esa dirección. Con los mega-proyectos se vislumbra más bien un fortalecimiento de la economía pública en alianza con el capital multinacional. No es necesariamente criticable esa constelación, porque a fin de cuentas sólo refleja la realidad económica venezolana, ya que nuestra potencialidad exportadora se basa en la energía y en los recursos minerales, ambos propiedad del Estado. Lo criticable es que en aras de un modelo neoliberal irrealizable, el país esté absorbiendo costos altísimos en materia de deterioro social y destrucción de la economía interna.

Un segundo problema está carcomiendo también la esencia misma del programa económico. En ese programa la piedra angular es mantener una tasa de cambio suficientemente subvaluada, como para promover un fuerte crecimiento hacia afuera a través de las exportaciones no tradicionales. La devaluación de 1989 significó una verdadera revolución del modelo económico venezolano, que hasta ese momento se sustentaba en una sobrevaluación del bolívar. La necesidad del viraje se justificó con el argumento de que la disminución de las exportaciones petroleras no hacía posible mantener por más tiempo el modelo de crecimiento "rentístico". Los diseñadores del programa lo concibieron bajo la fuerte influencia de la debacle de balanza de pagos, en la que se encontraba el país a fines de 1988.

Adicionalmente, para eliminar el sesgo anti-exportador se desmontan las protecciones arancelarias, desandando gran parte del camino de treinta años de industrialización interna. Todo se justifica con

la esperanza de que el surgimiento de nuevas industrias exportadoras compensarán con creces las empresas fenecidas.

Pero resulta que la renta petrolera sigue estando ahí y muy cuantiosa. En cuanto el mercado petrolero se normaliza, el país comienza a percibir un flujo de divisas que presiona de nuevo hacia la sobrevaluación del bolívar. Así sucedió en 1990, cuando el tipo de cambio real se revaluó en aproximadamente 15 por ciento. Algo similar puede ocurrir en 1991. La consecuencia es que las exportaciones no tradicionales se estancan e incluso pueden empezar a disminuir en cualquier momento. Todos los sacrificios de la devaluación en forma de inflación, deterioro del ingreso real y cierre de empresas "ineficientes", se toman vanos. Se paga un alto precio a cambio de nada. Al final permanecen en el negocio de exportación sólo aquellas industrias, que por sus ventajas comparativas "naturales" siempre pudieron exportar, antes y después del gran viraje de la devaluación. Para desarrollar la exportación petroquímica o de aluminio no hubiera hecho falta ningún gran viraje. Los mega-proyectos se hubieran realizado de todas formas.

En una economía con el potencial petrolero exportador como la venezolana, se requiere una extremada disciplina y una férrea voluntad política para mantener a largo plazo un tipo de cambio competitivo para las exportaciones no petroleras. Sinceramente, cuesta imaginarse esta disciplina en nuestro país.

Hay que repensar la estrategia de crecimiento. Es mucho lo positivo logrado en los pasados dos años: tenemos una economía más sincera, más competitiva, menos intervenida. Son válidas la mayor parte de las reformas estructurales planteadas en el programa, aunque sea poco lo avanzado. Pero nos preocupa enormemente que, por efecto de la apertura aduanera, se estén destruyendo capacidades productivas a cambio de nada. Nos preocupa el deterioro social a cambio de nada. Nos preocupa la obsesión de crecer a costa de institucionalizar la inflación. A los técnicos del país nos sigue faltando imaginación para diseñar un programa que, incorporando la peculiaridad de economía petrolera, nos conduzca a mayor eficiencia y competitividad sin detrimento de la equidad social y del bienestar de las mayorías.